



Fernando Aínsa

△ ▽

△ ▽

Un abrazo en el recuerdo y la imaginación: el mensaje satírico y emocionante de Julio Ricci

Acabo de tener una curiosa experiencia. He leído *El Grongo*⁸¹ de Julio Ricci, en París, después de tres años de separación del Montevideo cotidiano en que viví hasta marzo de 1974 y de una literatura que seguía hasta ese entonces en todas sus manifestaciones y que ahora sólo descubro en un envío amistoso o por un interés suscitado a la distancia. *El Grongo* ha tenido que pasar por una dura prueba: la de ser leído fuera de su contexto y a una distancia que no siempre beneficia a las obras de ficción latinoamericanas. Y de ambas pruebas -tiempo y lejanía- *El Grongo* sale indemne y con una extraña fuerza capaz de conmover el recuerdo y la imaginación.

Si para el primero se necesita de la memoria, es decir, haber vivido en ese Montevideo casi secreto de los cuentos de Ricci, para la segunda todo es mérito del autor. Sospecho que *El Grongo* podría ser leído en cualquier idioma y en cualquier país, una capacidad de ser universal desde la comarca que ya Ricci había intentado en *Los maniáticos* sin la fortuna de ahora. Pero si la imaginación está libre de ataduras y propone un burlón y subterráneo viaje por un mundo -185- de fantasía e irrealismo, la memoria trabaja sobre un territorio real, grotesco al modo de Gogol y la tradición decimonónica del realismo ruso que representa, autores que Ricci ha leído cuidadosamente.

Esta realidad tiene bases uruguayas muy concretas, aunque inéditas hasta ahora. En el componente inmigratorio del país, italianos y españoles han tenido su reflejo literario y han encontrado en todas las formas del arte popular, sainete y tango incluidos, un reflejo más o menos nítido. Sin embargo, esa corriente inmigratoria centroeuropea, esos

húngaros, polacos, judíos y rusos blancos de los cuentos de Ricci, no tenían hasta ahora su transposición literaria uruguaya, aunque a veces se los había visto encarnar personajes simpáticos y secundarios de la literatura gauchesca y nativista. Ricci los incorpora tímidamente en *Los maniáticos*: el inefable Pivoski y el perseverante Schmidt, anuncian una presencia humana y literaria que gravita ahora con un peso filosófico innegable.

Pero en la ficción de Ricci hay algo más. Al modo del extraño judío polaco Bruno Schulz, ese extraordinario y casi desconocido escritor que nunca abandonó su ciudad natal de la «Galicia» austro-polaca, Drohobycz, autor de ese conjunto de relatos cargados de símbolos, humor negro y la atmósfera oprimiente resultante de la visión del mundo de un pueblo judío tradicionalmente perseguido, que es el *Tratado de los maniqués*, Julio Ricci compone en *El Grongo* una serie de cuentos donde hay humor negro, burla y una visión marginal de la realidad circundante empapada de poesía y magia.

Pero en Ricci hay más humor que en Schulz. Ricci está más despegado de la realidad narrada que el autor polaco, y esa distancia le permite ser más cáustico y menos solemne. En este sentido, está más cerca de otro autor satírico polaco, Slawomir Mrozcak, autor de *El elefante*, deliciosa colección de funcionarios oscuros e ineptos de la Polonia socialista, cargados de mediocres ambiciones y de una ineficacia que se traduce tanto en la derrota de sus vidas privadas como en la del sistema que integran en sus más bajos peldaños.

En el *Grongo* se respira una atmósfera similar. Los malentendidos -186- en que está basado el cuento «El regalo para el amigo de Hungría» oscilan entre una cierta irracionalidad obsesiva y la realidad del mundo de Ladislao: ha prestado una revista y exige su devolución, por sobre todas las cosas, incluida la amistad con el protagonista. En «El Profesor» la ironía es más directa. El profesor de inglés Juan Iriondo, con sus problemas económicos y su vida oscura y solitaria, intenta un imposible diálogo con su alumno, el ejecutivo y directivo Roberto Bisutti. «Yo todavía estoy asido al pasado, soy una pieza del mecanismo del pasado y en mí funcionan todas las categorías del sentimiento -se dice Iriondo (página 143)- esas categorías que hacen del hombre un ser tan cambiante, tan contradictorio, tan insatisfecho». Esas categorías de un sentimiento que en el pasado era posible practicar con interlocutores, sea un amor femenino o una amistad masculina bien entendida, ahora se sienten como doloridamente ridículas y pueden llevar a una muerte lánguida, de puro abandono, como es el caso de Juan, el solitario héroe del relato «Juancito», cuyos mejores momentos de la vida «los pasaba en la noche, porque el batallar de la vida durante el día lo achicaba, casi lo aniquilaba» (página 107).

En «El Shoijet» la búsqueda absurda del amigo judío de la infancia, Lázaro Dorón, asume caracteres de auténtico descenso a un centro de la tierra desconocido. La búsqueda de Lázaro es más que una resurrección; es un hurgar en los meandros de la colectividad judía donde puede estar realmente el compañero de juegos de la infancia perdida, aunque ahora tenga más de setenta años. «¿Para qué quería encontrarlo? El pasado era el pasado y no comprendía de dónde surgía en mí ese deseo enfermizamente ansioso de reconstruirlo y sobre todo en la persona de Lázaro Dorón», se dice el héroe en el centro de la búsqueda que habrá de proseguir hasta el encuentro final, un encuentro hecho de imposibilidad, ya que Lázaro no habla, ha perdido la memoria y

yace semiparalizado en un sillón. Es imposible volver al pasado, aunque se reconstruyan inútilmente sus piezas, parece decir una no escrita moraleja del cuento de Ricci.

En otros relatos, como «La cola», el sentido es más explícito: -187- la vida es un paciente participar en una larga cola que lleva, lenta pero seguramente, de la niñez a la muerte. La vida es un expediente para el que hay que cumplir un trámite administrativo que empieza con una larga cola que la devora integralmente. Hay que ponerse en la cola, vivir en ella, esperando que alguien al final nos atienda y ese atendernos es pasar inevitablemente a la muerte. La vida en la cola, asociada a un típico modo de pasar horas esperando ser atendido, que caracteriza un montevideano estilo de vida ante ventanillas de la administración o para la obtención de artículos de primera necesidad, puede ser la base de un relato realista, pero también el elemento inicial de una alegoría que desde la anécdota traza una simbólica mueca sobre el destino individual y nacional. La única amenaza a su rutinaria existencia y al lento avanzar hecho de noches a la intemperie, miserias y alegrías que bailan al compás de las estaciones del año, está hecha por la posible irrupción violenta de «el Grongo», al que temen al mismo tiempo que ignoran, suerte de Godot monstruoso y único capaz de romper la cola, detener para siempre «el trámite». Pero «el Grongo» no llega, aunque dé simbólicamente título al libro de Julio Ricci.

Los paralelos significativos y los juegos de ideas que sortean el absurdo, tienen en «Los coleccionistas de escupidas» una nota extrema que roza lo desagradable, un riesgo escatológico que el propio Ricci define como «territorio de la literatura asqueante» y en el cual había incursionado directamente en varios de los relatos de *Los maniáticos*, una línea narrativa que L. S. Garini y Ariel Méndez tampoco han temido tratar directamente. Sin embargo, Ricci, aunque quiere identificar deliberadamente a algunos de sus personajes con seres odiosos y despreciables, no provoca en el lector más que piedad y una cierta lástima desvalida. Es el caso del protagonista de «Los domingos no los paso más en casa de mi señora» por el cual el autor siente desprecio, según confiesa en el prólogo, y al que nosotros -los lectores- vemos con otros ojos, aunque lo obvio y lo más crudamente realista aparezca como gratuito. Estas notas exageradamente realistas no están a la misma altura de otros relatos donde Ricci -188- ha logrado lo que no siempre es posible: conmover, agitar la imaginación y uncir la memoria a los momentos más felices de una existencia montevideana que ya no es la mía, aquella hecha de las pausas agradables en los cafés céntricos, en el encuentro casual con amigos en las esquinas de la Ciudad Vieja (¿Quién se encuentra por azar con un conocido en una calle de París?), en un ritmo vital hoy parcialmente perdido, pero en definitiva tan montevideano. Nos quedamos con este Julio Ricci nostálgico, con amigos judíos y polacos; nos quedamos con el profesor de inglés que no puede comunicarse amistosamente con su frío alumno; nos quedamos con el hombre de corazón y no con los «gelonios» (hombres dirigidos por el estómago y los órganos genitales) con que intenta poblar algunas de sus páginas. Aunque llamemos a «El Grongo», felizmente el monstruo no llega y nos quedamos con el mejor Ricci, el que nos ha abrazado a través del Océano Atlántico con un volumen de relatos montevideanos como hace años no leíamos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

